

fueron calvinistas, se apartaron de la Vulgata latina, y contaminaron su version y notas con el veneno de sus errores.

La cuarta version, que se puede decir es la misma de Ferrara, se imprimió en 1630, y la publicó Menasse Ben Israel, judío portugués, en un tomo en folio, sin lugar de impresion, con el título: *Biblia en lengua española, traducida palabra por palabra de la verdad Hebraica por muy excelentes letrados. Vista y examinada por el Oficio de la Inquisicion. Con privilegio del duque de Ferrara.* Al fin se halla esta nota: *Al loor y gloria de Dios fué reformada por Menasse Ben Israel 13 de Sebat 5390, Chr. 1630.* Esta version se diferencia poco de la Biblia Ferrariense. Solo se substituyen en ella algunas palabras corrientes en lugar de las anticuadas, de que abunda la otra¹. Se reimprimió de nuevo en Amsterdam año de 1661 en un tomo en cuarto en casa de José Athias por R. Samuel de Cáceres.

En todas estas versiones se manifiesta bien el augusto carácter y la propiedad de nuestra lengua, para trasladarse á ella los Oráculos del Espíritu Santo, aunque no están admitidas en la santa Iglesia, por no haber sido católicos sus autores, porque no enderezaron sus trabajos á edificar la santa Casa del Señor, y por otros substanciales defectos que contienen. Pero en estos tiempos, en que se halla tan arraigada la fe católica en nuestra nacion, y brilla en la monarquía española, extendida en las cuatro partes del mundo, la pureza de la religion sin mezcla de secta alguna; en que se han cultivado tanto los estudios de las santas Escrituras, y se han allanado las dificultades, que hacian arriesgado el uso de las versiones vulgares; y en que tantos hombres doctos y pios, y ejercitados en las lenguas han edificado á los fieles con sus acertadas traslaciones, no se podrá dudar de la utilidad é importancia que resultará á tantos millones de almas de la leccion de las divinas Escrituras en la lengua nativa. Nunca mas que ahora exigen una Biblia en idioma español España y su augusto monarca CARLOS IV: aquella por su fe y por su sumision á la Iglesia; y este por la grandeza de su ánimo, pureza de su religion, y gloria de su reinado.

Con este mismo designio el sabio rey de Castilla D. Alonso X fué el primero de los reyes de España que hizo que los sagrados Libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana² por los años de 1260. De la cual se conserva un ejemplar en la real Biblioteca del Escorial en cinco tomos en folio, y se compone de cinco partes intituladas: *Historia general donde se contiene la version española de toda la Biblia, traducida literalmente de la latina de san Jerónimo.* El título del primer tomo dice así: *Primera parte de la general historia de los libros de la Biblia, y de las historias de los Gentiles fasta el fin de los libros de Moysen.* Pondré solo por muestra de este rico tesoro que tiene la nacion, el último Salmo de David segun se halla en el tomo III.

« Alabad al Señor en los santos de él: alabadle en el firmamento de la su verdad de él: alabadle segun la muchedumbre de la su grandés: alabadle en suono de bosina: alabadle en salterio y en cítara: alabadle en atamor y en coro: alabadle en cuerdas y en órgano: alabadle en esquiletas de cantar: todo espíritu alabe al Señor. »

El P. Mariana dice que el rey mandó hacer esta version española con deseo de que aquella lengua, que era entonces grosera, se puliese y enriqueciese, persuadido que no dejarían los fieles de la mano aquel libro, donde hallaban escritas las palabras de la salud, y de la verdad, y de la vida eterna.

El rey D. Alonso V de Aragon á principios del siglo XV mandó hacer otra traduccion española de la Biblia³, de la que se conserva igualmente un ejemplar en la real Biblioteca de S. Lorenzo en dos códices en vitela, escritos con el mayor primor, iluminadas las iniciales de los títulos y capitulos, de oro y de bermellon⁴. Y la misma gloria se atribuye á D. Juan II, rey de Castilla, insigne protector de las letras, que reinó por el mismo tiempo⁵. No se puede omitir en este lugar la Biblia traducida en lengua valenciana, y es la misma, que la que muchos escritores llaman catalana, por D. Bonifacio Ferrer, doctor en sagrada Teología y en ambos derechos, prior general de toda la Cartuja, y hermano del bienaventurado san Vicente Ferrer; la que se hizo á principios del mismo siglo con intervencion de otros varones de eminente doctrina: y en el año de 1478 fué impresa en la ciudad de Valencia, habiéndola visto antes, reconocido y

¹ Biblioth. de Escri. Rabín. Esp. pág. 494.

² Marian. Hist. de Esp. Lib. xiv. Cap. 7.

³ Gesne. Pand. Leg. ult. pág. 26.

⁴ Bibl. de Escri. Rab. Esp. pág. 497.

⁵ Esta version se atribuye con poco fundamento al rey D. Juan II. Se hizo en su reinado por R. Moysés Arragel, de orden de D. Luis Gou-

zalez de Guzman, XXV Maestro del orden de Calatrava, y se conserva como un precioso monumento en la casa de los duques de Alva. De ella da puntual y exacta razon el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva en el Apéndice III á su tratado: *De la Leccion de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares: adonde remitimos al lector.*

corregido con la mayor diligencia el R. P. Jaime Borell, maestro en sagrada Teología, del orden de Predicadores, é inquisidor en el mismo reino; cuyas particularidades constan del mismo impreso, del que se conserva un fragmento en la Cartuja de Portaceli, donde tomó el hábito aquel sabio intérprete¹.

El concepto de la utilidad y provecho que resultaba al comun de los fieles de la leccion de las santas Escrituras en su lengua propia, empeñó la autoridad y religion de tan grandes monarcas para la ejecucion de estas traslaciones. Y resultará igual beneficio, siempre que la santa Escritura trasladada en lengua vulgar se lea con espíritu de humildad y devocion.

§ IV.

DIFICULTAD GRANDE QUE SE ENCUENTRA EN HACERSE ESTAS TRASLACIONES: QUÉ MÉTODO DEBA PREFERIRSE PARA ESTO.

Pero si el trasladar de una lengua á otra, considerado esto en general, es una obra muy difícil y escabrosa, lo es sin comparacion mucho mas la de dar en lenguas vulgares los Libros sagrados, para que anden en las manos de todos, por el grande peligro que hay de exponer como palabra de Dios, lo que tan solamente es pensamiento, imaginacion, ó capricho del que los traslada. Por esta razon en todos tiempos han sido miradas con el mayor aprecio y veneracion, las que hicieron aquellos hombres doctos, que, ajustándose religiosa y escrupulosamente á las palabras del texto sagrado, no se cuidaron de parecer muchas veces desaliñados y aun bárbaros en su propio idioma, á trueque de no faltar en un ápice á la fidelidad y respeto con que deben ser manejadas aquellas Escrituras, que tienen por autor al mismo Dios. Pero como la delicadeza de los oídos de nuestros dias no se halla al parecer en estado de sufrir semejantes traslaciones, por eso he creído conveniente detenerme aquí un poco para tratar de propósito este punto, y hacer ver que, cuando se habla de las de los Libros sagrados, se deben respetar y guardar hasta los ápices del original, si es posible: para lo cual, despues de sentar aquí algunos principios sobre los que irá fundado todo mi método, pasaré á dar satisfaccion á los reparos y dificultades de los que son de contrario parecer.

El que solamente posea los primeros conocimientos de las lenguas, no puede ignorar que todas ellas tuvieron su cuna, su niñez y juventud, hasta que por grados llegaron al estado en que se hablaron y escribieron con mayor pureza. Tampoco puede ignorar que los que sucedieron á esta feliz época, y quisieron substituir voces de fantasia, ó tomadas de otras lenguas, á las que le eran propias, dieron por la mayor parte en el extremo de hablar con sobrada hinchazon, con poca propiedad, y sin el menor aliño. Esta verdad, que se puede hacer patente con la lastimosa catástrofe que padecieron todas las lenguas, se demuestra hasta la evidencia, con la que han sufrido las dos, que nos son mas familiares, la latina y la castellana. Todos saben cual fué el dichoso tiempo en que estas llegaron á su mayor perfeccion, y como corriendo las dos una misma suerte, fueron poco á poco perdiendo su primer lustre y degenerando de su antigua majestad, pureza y fluidez por el abuso de los escritores que despues sobrevinieron, hasta que, pasados muchos años, cayendo no pocos en la cuenta, y lastimados de ver sus propias lenguas tan desfiguradas, se aplicaron con el mayor esmero á restituirles sus propios y naturales colores, de que las venian tan injustamente desposeidas. Por lo que hace á la latina, tuvieron el mejor suceso los conatos de aquellos hombres prudentes y juiciosos; pues hallamos en todas las naciones, y singularmente en la italiana, muchos escritores de un mérito muy relevado, que la han tratado y tratan con una pureza comparable á la del siglo de Augusto. Mas por lo que mira á la castellana, no sé si me atreva á decir lo mismo; y aun me inclino á afirmar que está tan lejos de aquella majestad, fluidez y naturalidad á que llegó, que son muy pocos los escritos de nuestros tiempos, que puedan ponerse al lado de los del siglo XVI.

Causa verdaderamente admiracion que se hayan hecho tan conocidos progresos en la restauracion de la lengua latina, y que padezca la nuestra un atraso tan considerable en esta parte. Pero nada extrañaremos si, entrando sin preocupacion á indagar la causa verdadera de esta diferencia, conocemos y confesamos de buena fe que llevamos errado el camino, y que no segui-

¹ Véase la citada Biblioteca de Rodrig. pág. 444.

mos el que aquellos trillaron para restituir la lengua latina á su primitivo lustre. Estos pues, desechando todas aquellas voces nuevas y peregrinas que se habian introducido, á excepcion de aquellas que ó por necesidad, ó porque no habia otras, adquirieron legitimo derecho entre las latinas, se ciñeron á no usar de otras, que de las que hallaban autorizadas con el uso de los escritores mas puros del siglo de Augusto; y por este medio llegaron al fin que se habian propuesto. Por manera que el que pretende escribir el latin con pureza y propiedad, ha de poner necesariamente la mira en que se parezca lo que escribe á lo que nos ha quedado de aquellos tiempos, en que tuvo su mayor perfeccion la lengua latina: y el que se aparta de este rumbo y sigue otro, da consigo al través, y cae en un estilo bárbaro, impropio, y por lo comun muy hinchado y duro. Pues á este mismo modo entiendo yo que en vano pretenderá hacer alarde de que posee la pureza y perfeccion de la lengua castellana, el que, en lo que escribe y habla, no se acomoda al estilo y expresion que admiramos en los escritores mas puros del siglo xvi; y que los que no siguen este camino, y dejando el uso de las voces propias y nativas, les substituyen otras nuevas y extrangeras, en vez de enriquecerla, la empobrecen, la deforman, la corrompen y adulteran.

La substitution ó introduccion de nuevas voces debe hacerse siempre con el mayor tiento, y tomándolas, si puede ser, de las lenguas eruditas. Los antiguos Romanos, aun en la época mas feliz de la suya, habiendo tomado de los Griegos los conocimientos de las ciencias, de ellos solos recibieron voces nuevas para enriquecer la propia; y esto lo hicieron con la cautela y parsimonia que advierte Horacio en su Arte Poética: *Parcè detorta*. Se advierte igualmente que estos mismos Romanos, quando escribian en diálogo ó en otros géneros que piden estilo peculiar, hicieron uso, no solamente sin nota de afectacion, sino por el contrario, con la mayor gracia, de muchas voces antiguas, que en el lenguaje comun y corriente hubieran merecido una justa censura y reprension; y así no veo, porque no se puede hacer lo mismo en nuestra lengua, quando lo pida la materia. Yo creo que, si hay alguna en que esto pueda y deba tener lugar, es en la traslacion de los Libros sagrados, quando puede ser conducente para dejarla mas literal y parecida en un todo al original, como prudentemente lo han practicado los hombres mas doctos de nuestra nacion, que, conociendo cual debia ser su oficio, se aplicaron á trasladarlos á nuestra lengua.

Sentados estos innegables principios, preguntamos ahora qué género de traslacion deba preferirse para volver de una lengua á otra las sagradas Escrituras, y con especialidad á las vulgares. ¿Será mas oportuna la que, aunque sigue el sentido literal, degenera en paráfrasis; ó aquella, que, en quanto es posible, no se aparta un punto de la letra, y aun, si puede ser, del orden mismo que en el original tienen las palabras?

Yo bien sé que de luego á luego decidirán contra mí los que, acostumbrados á las versiones francesas, entre las que no se encuentra ni una sola de las modernas, que no tenga resabios de parafrástica, pretenden que basta atender al sentido literal, para que la version quede corriente y sin tropiezo, ú ofensa del oido; pero al mismo tiempo no dudo que sentirán diversamente, y se conformarán con mi dictámen, los que se hayan familiarizado un poco con las que hicieron nuestros antiguos Españoles, que por el respeto debido á la palabra de Dios, y por no faltar al sentido, ni determinarle, siguieron constantemente la letra, y guardaron con tenacidad las palabras de los textos originales. Las razones que tuvieron para hacer esto, son las mismas que á mí me mueven para imitarlos; y las apuntaré aquí, para que los lectores no extrañen, si en algunos lugares, por seguir la letra, dejó el sentido indeterminado, el orden de las palabras inverso, y la locucion con resabios de anticuada; y espero que, si pesan la gravedad de ellas sin preocupacion, y como lo pide una materia tan delicada, mudarán de parecer, y firmarán á favor de las traslaciones literales.

Dios, que fué el que inmediatamente inspiró los sagrados Libros, hubiera podido dictar sus Oráculos con palabras claras, sin sombras ni figuras, de manera que todos con la mayor facilidad pudiesen entenderlos. Mas no lo hizo así, sino que, acomodándose en la expresion y en el estilo al instrumento de que se servia para promulgarlas, dejó en muchos lugares obscuro, figurativo é indeterminado su sentido. Esto exigia la majestad del que los anunciaba, y la gravedad de los misterios que contenian. Pues si esto hizo Dios en las lenguas originales en que los dictó, ¿qué causa puede haber, para que estos mismos Oráculos trasladados á otras lenguas, deban comparecer en otro traje que aquel, que los haga parecidos á los originales, de donde son sacados?

La Iglesia, que es maestra de la verdad y fiel intérprete de la voluntad de Dios, en todos tiempos ha usado de la mayor economía en orden á permitir las versiones vulgares, recelosa siempre de que la ignorancia ó malicia de los hombres altere, mude, añada, ó quite ni una coma, en lo que sabe que fué inspirado por Dios; y de que por este medio se conviertan en palabras, expresiones y sentimientos numanos, los que no reconocen otro Autor, que al Espíritu Santo. Y mucho mas habiendo visto por experiencia que, abusando muchos de esta libertad, movidos de un espíritu de soberbia, y siguiendo su particular modo de pensar, han adulterado el sentido, dando lugar á infinitos errores, ó apoyándolos con la libertad que se tomaron en las traducciones. Por estas poderosas razones fueron tan escrupulosos nuestros antiguos traductores; pues quisieron mas bien parecer incultos en el lenguaje, y vizcainos en las expresiones, dejándolas obscuras, y muchas veces al parecer sin sentido, que faltar á la fidelidad de la letra, ó exponerse á alterar la palabra de Dios. Y es muy digno de notar lo que ejecutó, y dejó escrito á este propósito una de las mas brillantes lumbreras y ornamentos, que tuvo el siglo xvi, el maestro fray Luis de Leon. Este insigne escritor trasladó en prosa y en verso á nuestra lengua, con la mayor felicidad de ingenio, no pocas obras de los antiguos autores profanos, griegos y latinos. Tenemos impreso el libro de Job, que él volvió del hebreo á nuestra lengua, y se conserva igualmente manuscrito el del Cantar de los Cantares de Salomon, traducido y anotado por él mismo. Pero se nota tal diferencia entre las traslaciones que hizo de los escritores profanos, y entre las de los Libros sagrados, que parece en las de estos segundos otro personaje muy diverso, del que representa en las de los primeros, y en todos los otros preciosos escritos suyos que nos han quedado: y aun esto mismo se advierte entre la version literal del Libro de Job que hizo, y la parafrástica en verso, que la acompaña. Mas para que no nos quede la menor duda acerca de su modo de pensar en esta parte, copiaremos aquí lo que escribe en su prólogo al libro de los Cantares. «Acerca de lo primero, dice este grande hombre hablando de volver en nuestra lengua palabra por palabra el texto del Libro de Job, procuré conformarme, quanto pude, con el original hebreo, cotejando juntamente todas las traducciones griegas y latinas que de él hay, que son muchas; y pretendí que respondiese esta interpretacion con el original, no solo en las sentencias y palabras, sino aun en el corriente y aire de ellas, imitando sus figuras y modos de hablar y maneras, quanto es posible á nuestra lengua, que á la verdad responde á la hebrea en muchas cosas. De donde podrá ser que algunos no se contenten tanto, y les parezca que en algunas partes la razon queda corta, y dicha muy á lo viejo, y muy á la vizcaina, y que no hace correa el hilo del decir, pudiéndolo hacer muy fácilmente con mudar algunas palabras y añadir algunas otras; lo que yo no hice por lo que he dicho, y porque entiendo ser diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y declara. El que traslada, ha de ser propietario y cabal; y si fuera posible, contar las palabras, para dar otras tantas, y no mas ni menos, de la misma manera, cualidad, y condicion, y variedad de significaciones, que tienen los originales, sin limitalles á su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traduccion, puedan entender toda la variedad de sentidos, á que dé ocasion el original, si se leyere, y queden libres para escoger de ellos, el que mejor les pareciere. Que el extenderse diciendo, y declarar copiosamente la razon que se entienda; y guardando la sentencia que mas agrade, jugar con las palabras, añadiendo y quitando á nuestra voluntad; eso quédese para el que declara, cuyo oficio es.»

Parece fué tambien esta la mira principal que tuvieron los traductores de la célebre Biblia Ferrariense; porque, si volvemos los ojos al tiempo en que la hicieron, bien cierto es que, estando entonces la lengua española en mucho auje y pureza, no se hablaba en el estilo y con las expresiones, que se leen en dicha traslacion. Pero fueron tan religiosos aquellos hombres en esta parte, que para interpretar la divina palabra, insistiendo en la doctrina de sus mayores, siguieron con el mayor escrupulo las versiones españolas, que por su antigüedad, sencillez y largo uso de las sinagogas, se habian alzado con el crédito y veneracion de todos. Y aun hicieron mas: pues, quando en las versiones que tenian entre manos, hallaban variedad en la significacion de alguna palabra, despues de haber consultado á los hombres mas doctos, la notaban en el texto con el mayor cuidado, como de dudosa y diversa significacion, que esto significan las estrellitas, que se advierten en el texto de dicha Biblia; y con dos medios círculos señalaban lo que es fuera de la letra hebrea, que sirve para la declaracion del sentido; siguiendo en lo demás con tanta delicadeza la letra del texto, que, aunque no han faltado algunos que la han tenido por supersticiosa, esto no obstante en todos tiempos ha merecido el aprecio

de los hombres mas doctos, como despues veremos. El mejor método de trasladar los Libros sagrados, es seguir la letra, el órden, la sintaxis y la significacion primitiva de las palabras.

Mas para que no se crea que este espíritu es el que movió solamente á nuestros antiguos Españoles, cuando emprendieron la grande obra de dar en lengua vulgar las Divinas Escrituras, quiero tambien trasladar aqui lo que se lee sobre este mismo punto en el prólogo de la traducción inglesa del Nuevo Testamento, que dejamos ya citada. Dicen pues sus traductores de esta manera: « Una sola cosa aseguramos á nuestros lectores, y es que, temiendo errar en una obra tan sagrada, hemos procurado el acierto con oraciones y súplicas al Señor: y la hemos trabajado con toda diligencia y sinceridad, sin tomarnos mas licencia, que la que se permite á los traductores de las Santas Escrituras. Nos hemos ligado al texto, quanto nos ha sido posible, y aun á las mismas palabras y frases, que el tiempo y el largo uso ha hecho venerables, no obstante que á los oídos profanos parecerán duras y bárbaras, como parecerán al principio todas las expresiones de la Escritura á los que tienen semejantes oídos. Hemos observado este religioso respeto, porque conocemos con S. Jerónimo que en los demás escritos basta traducir el sentido; pero en las Escrituras, por no omitir el sentido, es necesario conservar y guardar las mismas palabras. Debemos, dice S. Agustín, hablar segun la regla establecida; pues de lo contrario la licencia ó libertad de usar de estas ó aquellas palabras, puede dar motivo á alguna opinión impia tocante á las cosas contenidas en las palabras. Los santos padres y doctores antiguos fueron tan mirados en esta parte, que no quisieron mudar ni aun los barbarismos ó irregularidades de la expresion, que por un largo uso habian prevalecido en las antiguas lecciones de las Sagradas Escrituras... S. Jerónimo mismo, que corrigió la version latina que estaba en uso antes de él, conservó muchas de estas expresiones irregulares. Y S. Agustín, que es religiosísimo en todas estas frases, reprueba y mira como una especial soberbia y debilidad la de aquellos, que, teniendo alguna instruccion en las lenguas, se escandalizan de las expresiones sencillas y solecismos, que se hallan en las Escrituras. »

Y mas adelante añaden aquellos sabios intérpretes: « En esta version que hemos hecho, seguimos con mucha precision y religiosidad á la Vulgata latina, no solo en el sentido que esperamos traducir siempre, sino tambien en las mismas palabras, y aun muchas veces en las frases: lo que parecerá al simple y vulgar lector, y á los oídos del pueblo no acostumbrados á tales frases, rusticidad ó ignorancia; pero el discreto lector, que pesa y considera profundamente la importancia de las sagradas palabras y expresiones, y cuán fácilmente el traductor libre y voluntario puede omitir el verdadero sentido del Espíritu Santo, estamos persuadidos que tendrá nuestra conducta en este punto por racional y aun necesaria: y aun creemos que todos los lectores católicos se harán familiares en breve tiempo con estas mismas expresiones, que al principio les parecerán extrañas, y las estimarán despues mas, porque les ha costado mas dificultad el entenderlas, que les costaria, si fuera el lenguaje comun y corriente. »

Por todas estas razones y por otras muchas, que, por no alargarme demasiado, dejo de alegar aqui, de ningun modo puedo conformarme con el método de aquellos, que, por conservar el giro y expresion propia de su lengua, hacen una traslacion, que, aunque no sea en rigor parafrástica, deja tambien de serlo de la letra. Bien cierto es que, añadiendo, quitando, ó mudando alguna ó algunas palabras, como insinua el Maestro Leon, puede fácilmente quedar corriente, y sin la obscuridad que se halla en el original. Y así es como debe ser, replican los defensores de la parafrasis; pues, cuando se hace con todo el rigor de la letra, es casi superflua para todo género de personas, quedando tan obscura ó mas que el original: lo cual será igualmente inútil para el que entienda este, que para el que no lo entienda. Pero esta razon, á mi parecer, no tiene la menor fuerza; pues es cosa sabida que, para que una copia sea fiel, debe parecerse al original, y representarle perfectamente, conservando los mismos claros y oscuros que hay en él: y que deja de serlo, siempre que en ella se procuren suavizar y aclarar los oscuros del original. Si hubiera de prevalecer el dictámen de estos hombres, serian inútiles las versiones de los Setenta y la Vulgata, en las que se conserva la misma obscuridad que en los originales, y muchos de sus idiotismos: todo lo cual hubieran podido á poca costa evitar los que las hicieron, añadiendo, qui-

¹ Ad Pammach. De optimo genere interpretandi. Epist. c. Cap. 2. in princip. Ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor, me in interpretatione Græcorum, absque Scripturis Sanctis, ubi et verborum ordo, et mysterium est, non verbum à verbo, sed sensum exprimere de sensu.

² De Civit. Dei, Lib. x, Cap. 12.

³ Pref. in iv. Evang. ad Damasum. Comment. in Cap. 2. Joel in fine.

⁴ De Doctr. Christ. Lib. II, Cap. 3, et Tract. II in Evang. Joannis.

tando, mudando, y reduciéndolas al genio peculiar de la lengua á que las trasladaban: por la misma razon serán tambien inútiles, las que con la mayor fidelidad y puntualidad se han hecho en todas las lenguas, y las que por el mismo estilo se hallan en nuestro idioma impresas y manuscritas. Pero veo que es muy diferente el concepto y aprecio que en todos tiempos han merecido á los hombres grandes y doctos, que las han manejado, conociendo su mérito extraordinario y su grande dificultad.

No han faltado algunos críticos que, por lo que hace á la de Ferrara, la han calificado de nimia y neciamente supersticiosa ¹, de afectada y nada inteligible: y por consiguiente de poquísima ó de ninguna utilidad para los cristianos ². Pero como advierte muy bien Juan Bernardo de Rossi ³, que en esto sigue el dictámen de S. Agustín, cuando se habla de materias tratadas en lenguas extranjeras, el voto de los que no las entienden, no debe prevalecer sobre el de los hombres mas doctos de las mismas lenguas, que son los que con mayor conocimiento pueden decidir en ellas. Nicolás Antonio ⁴, hablando de esta misma Biblia, dice lo siguiente: *Ferrariensem interpretationem utilissimam esse iis, quibus hujusmodi versionibus uti licet, ad exquirendos litterales Bibliorum sensus, et conferendam cum antiqua illa præsentem Hispaniæ nostræ linguam, atque ejus vocabula.* Y Casiodoro de Reyna ⁵, cuyo voto en esta materia no es de despreciar, se explica tambien en estos términos: « De la vieja traslacion española del Viejo Testamento, impresa en Ferrara, nos hemos ayudado en semejantes necesidades, mas que de ninguna otra que hasta ahora hayamos visto, no tanto por haber ella siempre acertado mas que las otras en casos semejantes, quanto por darnos la natural y primera significacion de los vocablos hebreos, y las diferencias de los tiempos de los verbos, como están en el mismo texto: en lo cual es obra de mayor estima (á juicio de todos los que la entienden) que cuantas hasta ahora hay. » En suma, valiendonos de la doctrina de S. Agustín ⁶, reducimos á dos todas las reglas de interpretar. Primera, observar con tenacidad las palabras. Segunda, procurar la claridad de la sentencia. ¿Y cuándo no se puede expresar con claridad la sentencia, sin abandonar las palabras, ó sin mezclar extrañas? Debe entonces guardarse firmemente la primera regla, y pasar por alto la segunda; porque esta solo tiene lugar, cuando no se opone á la primera siempre inviolable.

Pero como esto no pueda hacerse sino á costa de muchísimo trabajo y meditacion, de esto es, en mi juicio, de lo que se huye comunmente. Que se prueben estos, que tienen facilidad en la locucion y en la parafrasis, á traducir segun el rigor de la letra un solo capitulo de la Biblia á eleccion suya, y probarán por propia experiencia que les cuesta sudores y trasudores esto, que á primera vista tendrán por cosa muy hacedera; y entonces por necesidad habrán de confesar que cuanto es mas fácil la traslacion que se hace supliendo, quitando, ó mudando palabras, otro tanto es mas difícil, cuando se trata de hacerla parecida al original, sin la libertad de quitar ó de poner arbitrariamente. Siguen los mismos defensores de esta libertad oponiendo que, si cotejamos las versiones que tenemos de S. Jerónimo en el Testamento Viejo de la Vulgata, y el ajuste que hizo del Nuevo con el original griego, se hallará que no son tan conformes á los textos originales como pretendemos; y por consiguiente que podemos seguir la libertad que suponen haberse tomado el santo en sus traslaciones de los Libros sagrados. Y estos son los argumentos mas poderosos de los modernos traductores de la Biblia; pero que nada persuaden á los que, teniendo algun caudal de critica, saben muy bien cual fué el modo de pensar de este grande doctor en esta parte, el de S. Agustín y el de otros padres, como dejamos notado arriba; y tambien las alteraciones no substanciales, porque substanciales la divina Providencia no permitió que sucediesen, que han padecido los textos de la Biblia por descuido, omision ú otros defectos de los que los copiaron. Razon, que obligó á los padres del Concilio del Trento á fijar, como regla de nuestra fe y creencia, el texto de la Vulgata, como el mas correcto y fiel que se encontraba. En vista de esto debemos decir que las traslaciones que hizo S. Jerónimo, fueron á la letra y conformes en todo á los originales que entonces tuvo presentes, y que sin disputa serian los mas correctos, ya por la perspicacia y grande juicio del santo en escogerlos y entresacarlos, y ya tambien porque vivió en tiempos mas cercanos á su origen, y en que no se habia dado lugar á que se alterasen tanto, como despues sucedió en los tiempos posteriores, en que, habiéndose multiplicado excesivamente las copias y la ignorancia, por un efecto de la condicion humana,

¹ Arnoldus Bootius, Animadr. Saer. ad Hebræorum Text. in Indice Aucto.

² Simon. Disquisit. Crit. Cap. 14.

³ Commentar. de Typograph. Hebræo Ferrariensi pag. 95.

⁴ Biblioth. Hispan. Vet. Part. II, pag. 260.

⁵ En el prólogo á su traslacion.

⁶ D. August. de Doctr. Christ. Lib. II. Itala præferenda, quia verborum tenacior cum perspicuitate sententiarum.

se debian tambien multiplicar necesariamente las alteraciones. No ignoraba S. Jerónimo el latín, pues sin disputa se le debe dar la preferencia en el conocimiento y manejo de esta lengua sobre todos los escritores de su tiempo: hubiera podido con poquísimo trabajo habernos dado sus traslaciones libres de hebraísmos, helenismos y de obscuridad, solamente con mudar, quitar ó añadir algunas palabras; mas no lo hizo por respeto á la palabra de Dios, y por no exponerse á alterar ni determinar su sentido. Y así hemos de decir que la traslacion que tenemos de S. Jerónimo, es en todo rigor conforme á la letra de los originales que tuvo entre manos. Y esta verdad se prueba tambien con los muchos códices hebreos y griegos que en el dia se conservan, y en que se leen variantes, que corresponden perfectamente á la leccion que tenemos en la Vulgata: como se puede ver en las últimas hebreas de Kenicoth en Londres, y de Rossi en Parma; en la Sixtina de los Setenta y del Nuevo Testamento, en Roma, y en París, y en otras muchas.

Esto solo pudiera y aun debiera tapar la boca á los que se inclinan al partido de la paráfrasis, si no siguieran defendiendo su causa, y alegando que, para disipar la obscuridad que queda en las traslaciones á la letra, y para suplir otras faltas que de aquí nacen, son necesarias notas y notas, que sirvan como de luz y guia para caminar entre tinieblas: de todo lo cual resulta un trabajo impropio y sumamente molesto al autor y al lector; porque á cada palabra se ve en la precision de tener que recurrir á la nota, lo cual es una prueba manifiesta de la obscuridad é inutilidad de semejantes traducciones. Si como concedemos la primera parte de esta consecuencia, concediéramos tambien la segunda, debíamos confesar que, por ser tan obscuro ó mas el texto de la Vulgata que el de los originales, han sido vanas las fatigas y sudores de tantos y tantos comentadores suyos, que han llenado volúmenes sin cuenta, con el fin solo de explicar la letra, y para que quedase claro su sentido. Pudieron estos habernos dado un texto de la Biblia entremezclado de otras palabras, que le aclarasen y determinasen, y haberse ahorrado por este medio el impropio trabajo de escribir tantas notas sobre el texto, excusando á los lectores el fastidio de tener tanto que leer para entenderlo. No lo hicieron así, ni lo debieron hacer, como es notorio; pues ¿porqué se considera esto como necesario en la exposicion del texto latino de la Vulgata, y no lo ha de ser en la de una version vulgar, que debe ser en todo conforme á él, mayormente cuando ha de andar en las manos de todos sin la menor ocasion de tropiezo, y sin que á cada particular quede la libertad de interpretarlo á su capricho? Ya se ve que esto no puede ser sin muchas notas en sentido legítimo y católico, que es como permite la Iglesia las versiones vulgares. Y aun cuando se permitiera alguna libertad en los libros mas fáciles y menos oscuros de la Biblia, como son por la mayor parte los históricos, no puede esta tener lugar en los otros, en donde se encierran los arcanos y misterios mas sagrados, y en los que, como afirma S. Agustín, la profundidad de la sabiduría, tanto en las palabras como en el sentido es tan maravillosa, que, aunque viva un hombre muchos años y sea de elevadísimo ingenio, muy estudioso, y aplicado á adquirir el conocimiento de ella, cuando llegue al fin de sus dias, confesará que no hace mas que empezar. Y S. Jerónimo añade que el sagrado texto tiene una cáscara muy dura, y que es necesario romperla antes de llegar á gustar el meollo y la substancia que dentro encierra.

Todas estas graves y poderosas razones que he querido alegar aquí largamente, son las que á mí me han movido á procurar no separarme un punto, en cuanto han podido alcanzar mis débiles fuerzas, del camino que siguieron y trillaron nuestros mejores traductores antiguos, que con la mayor felicidad emplearon todos sus estudios y tareas en esta laboriosísima y difícil empresa. Yo bien sé que me quedo muy atrás de todos ellos; pero, como al mismo tiempo no les concedo ventajas en el deseo de acertar, me contentaré con exponer aquí los medios de que me he valido, para ir siguiendo muy de cerca todos sus pasos.

§ V.

MÉTODO QUE HE SEGUIDO CONSTANTEMENTE EN LA PRESENTE TRASLACION, Y EN LA EXPOSICION DE SU TEXTO.

Confieso ingenuamente que, entre las muchas versiones de varias lenguas, que he tenido presentes para hacer la mia, las principales han sido las francesas mas acreditadas de Sacy, Car-

rieres, Vence, Menseguy y otras muchas. Pero al mismo tiempo debo decir sencillamente que cuanto estas me han sido útiles para entender muchos lugares oscuros de los Libros sagrados, y que frecuentemente me he aprovechado de sus notas y observaciones, otro tanto he procurado desviarme de su método de traducir, que en todos ellos, ó es parafrástico ó se acerca á él. Fuera de estos he consultado, leído, y meditado muy de asiento los muchos y preciosos manuscritos del siglo XIII y XIV, que de varias traslaciones de los textos originales hebreo y griego, y del de la Vulgata á nuestra lengua, se conservan en la Real Biblioteca del Escorial, y que la bondad de nuestro monarca ha mandado que sin excepcion ni tasa se me franqueen para llevar adelante una obra, que exige la mayor atencion y los desvelos de no pocos años, y no de un hombre solo, sino de muchos aplicados á esto solo. Estas pues y las otras Biblias españolas, que se hallan impresas, son las que me han servido de guías y de maestros para hacer la version de los Libros sagrados. Por tanto la que ofrezco al público, es á la letra de la Vulgata latina, á la que he procurado ceñirme y ajustarme, cuanto me ha sido posible, y aun seguir por la mayor parte el mismo orden, que tienen las palabras en el texto, aunque de ello no pocas veces resulte alguna disonancia en nuestro común y corriente uso de hablar. Mas aunque esto es así, no por eso he dejado de consultar los originales¹, cuando lo he creído necesario, y añadir de estos las variantes que me han parecido merecer alguna consideracion.

Cuando digo que he procurado ceñirme y ajustarme cuanto me ha sido posible á la letra, no por eso se entienda que he dejado de imitar la práctica de los hombres mas eminentes, y que con mayor acierto y aceptación hicieron sus traslaciones, los cuales no faltaron, ni creyeron faltar á la fidelidad que se propusieron, omitiendo en ellas algun pronombre, como *ego, tu, ille...* ó alguna de las conjunciones *et, autem, quidem* y otras particulas semejantes, cuando no son enfáticas, ni su omision perjudica al sentido, por cuanto, en nuestra lengua, ó no son necesarias, ó se sobreentienden fácilmente, como sucede tambien en el griego y en el latín. Tampoco he creído faltar, poniendo el nombre propio por el pronombre, el singular por el plural, ó al contrario; ó expresando en activa los pasivos, ó en pasiva los activos, ó reduciendo los participios y los verbos á sus tiempos equivalentes; pero esto rara vez, y no sin causa. En una palabra, he puesto una atencion muy particular en evitar tres defectos, que, como se advierte en un prólogo de una traduccion francesa, aunque en ella se incurre frecuentemente en los mismos, se oponen diametralmente á la exactitud, que pide una traduccion literal de la Escritura. La paráfrasis, en la cual se emplean muchas palabras para explicar lo que se puede con menos, por atender á que quede la sentencia mas pulida: el excluir, sin que la necesidad obligue á ello, alguno de los sentidos legítimos, que pueda recibir el texto sagrado, determinándole á uno particular: y últimamente, el mudar, sino en caso muy necesario, el giro y la manera de la expresion, aunque se conserve el fondo del pensamiento: pues no hay ningun inconveniente, en que quede en la version aquella obscuridad, que se advierte en el mismo texto, tan conforme á la majestad y carácter de los divinos Libros, y que puede aclararse en una nota, supliendo en ella lo que sea oportuno.

Asimismo, por lo que mira á algunas voces y expresiones hebreas, que usaban los apóstoles, aun cuando hablaban y escribian en griego, y otras tambien griegas, que se conservan en la Vulgata, las he dejado sin tocar, mirándolas con el mayor respeto, por el origen que tienen, y porque pierden toda su fuerza y energía, cuando se quieren explicar por otros términos ó parafrasear. A este modo uso de las palabras *Amen, Aleluya, Hosanna, Raca, Belial, Corban, Parasceve, Pascua, Fiesta de los Azymos, Pentecostes, Phylacterias, Cáliz, Presbytero, Diácono, Hostias, Holocausto*, y otras muchas como estas, que proceden inmediatamente de las que se leen en la Escritura. Además de esto, en los lugares mas difíciles no he querido suavizar, ni moderar las expresiones ó frases, sino que las guardo palabra por palabra, por temor de omitir ó limitar el sentido del Espíritu Santo, segun nuestra fantasia. Algunas veces sigo de propósito las frases de la Escritura. *El infierno del fuego. Pasemos y veamos esta palabra, que ha sido hecha.* Luc. II, 15, en donde se podia decir *esto que ha acaecido*, segun la frase hebrea; pero hay una cierta majestad y mayor significacion en dichas expresiones; y como estas se guardan en el griego y en el latín, no parece justo que seamos tan delicados y melindrosos en admitir las palabras é idiosismos de la Escritura, cuando las traducimos en nuestra lengua; pues con tanta facilidad admitimos y seguimos nuevas palabras y frases de lenguas extranjeras, y acuñadas en la corte, y

¹ Véase arriba § II en las Reglas con que se permiten las versiones en lenguas vulgares.